

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO: LA CONCIENCIA DENTRO DE LA NOVELÍSTICA

WILLIAM SCHERZER

City University of New York

Con *Los lobeznos* (2001), José Jiménez Lozano vuelve a demostrar el compromiso para con la historia y política actual que surge una y otra vez en la trayectoria de su obra.¹ Aun cuando escribe de temas patentemente históricos, como en su primera novela, *Historia de un otoño* (1971), obra que cuenta la rebelión de las hermanas de Port Royal, o en *El sambenito* (1972), que recrea los pensamientos de Pablo de Olavide en las postrimerías de la Inquisición, o bien en *La salamandra* (1973), un largo diálogo referente a la Guerra Civil, el lector está plenamente consciente de que, muy a la manera de Pérez Galdós en muchos de sus *Episodios Nacionales*, o a la de tantos autores románticos, Jiménez Lozano también está escribiendo sobre y juzgando los tiempos en los que vivimos. Y si ello no es obvio con tan solo una mera lectura de una de estas novelas, sí que lo es si la leemos en el marco de su obra más amplia, que abarca una visión filosófica-histórica del mundo en su conjunto y una comprensión de la historia de España que es ejemplar. Para el lector interesado, solo hay que echar un vistazo a obras como *Sobre judíos, moriscos y conversos* (1982), *Guía espiritual de Castilla* (1984) o a sus volúmenes de pensamiento en forma de dietario. Cabe también mencionar el elogio que le dedicó Juan Goytisolo el verano pasado en *El País*, cuando escribió que de entre todos los artículos en el volumen *Estudios sobre Américo Castro*, el de Jiménez Lozano es el que nunca se debe olvidar (“Las novelas”).

Lo siempre curioso en Jiménez Lozano es lo poco conocido que ha sido hasta hoy, dada su mucha presencia. Hoy su nombre suena como Premio Cervantes. Pero también es Premio Nacional de las Letras y Premio de Castilla y León. Es Premio Nacional de Literatura por su maravillosa novela *Duelo en la Casa Grande* (1982). Es creador, con José Velicia, de la famosísima exposición *Las Edades del Hombre*, para la cual escribió un precioso volumen que la acompaña, *Los ojos del icono* (1988). Es novelista prolífico, habiendo publicado sus 22 novelas y libros de cuentos en las mejores editoriales del país. Ha sido redactor jefe y director del *Norte de Castilla*, periódico de Valladolid. Y es un hombre con profundas raíces católicas

que, durante la dictadura demostró claramente la posibilidad de combinar la religión y el progreso, como saben los lectores de su columna semanal de la revista *Destino*, “Cartas de un cristiano impaciente”, o las conocidas crónicas que mandó desde Roma durante el Concilio Vaticano Segundo. Si se puede hablar de transición en España, José Jiménez Lozano, autor polifacético que goza feliz de su existencia solitaria en el campo castellano, es uno de los intelectuales que más la encarnan.

Quizá lo que más aleja a Jiménez Lozano de la *vox populi* es su compromiso con su arte y su tiempo. Algunas de sus obras son arcanas y esotéricas (ejemplo de lo segundo sería *Relación topográfica* [1993]); otras son íntimas, personales. Todas manifiestan una honda y filosófica preocupación por el ser humano en el mundo actual, y el autor mismo considera su obra un “grito de Antígona” que constituye el llanto prohibido por el poder (“La reconstrucción” 3-15). Jiménez Lozano no busca ni la fórmula fácil ni la comercialización vía un *best seller*. Esto se manifiesta claramente en su libro *Los grandes relatos* (1991), una genial colección de cuentos cortos que explican las realidades profundas y cotidianas de la España del siglo XX. No se comparará en ventas este librito con otras novelas más defendidas por la prensa y la crítica, pero pocas de estas obras ilustran tan perfectamente la personalidad colectiva española en el transcurso de los años del siglo XX. Y se debe añadir aquí que su último libro de poesía, *Elegías menores* (2002), constituye un precioso volumen de poemas en miniatura que demuestra una sensibilidad que lo convierte en un perfecto compañero poético de *Los grandes relatos*.

En fin, habría que decir que José Jiménez Lozano ha sido y sigue siendo una de las conciencias más claras y contundentes de España desde el final de la Guerra Civil, una época que ha vivido muy de cerca y muy intensamente. Desde obras como *Duelo en la Casa Grande y El santo de mayo* (1976), que describen, junto a las costumbres rurales, el caciquismo y los abusos de poder del período que empieza en 1939, hasta *Los lobeznos*, que explica cómo hemos llegado desde ese momento hasta hoy, Jiménez Lozano nos pone ante los ojos esas realidades que tantos españoles conocen pero no quieren ni ver ni admitir. Y si en obras anteriores ha intentado analizar el curioso y complejo carácter de la España predemocrática, casi siempre desde la perspectiva de unos personajes ficticios y metafóricos, en *Los lobeznos*, de la misma forma, ataca de frente la maquinación y la hipocresía que encuentra entre los políticos de la transición.

Antes de hablar de *Los lobeznos*, hay que mencionar una obra más, *Teorema de Pitágoras*, publicado en 1995. No llegamos a tanto como a manifestar que es el predecesor o complemento de *Los lobeznos*, pero en su visión del mundo, constituye una declaración que se puede relacionar con esta segunda novela. En *Teorema de Pitágoras*, que tiene cierto parecido con *Memorias de Africa* de Isak Dinesen, no solo por la topografía africana sino también por el valor que otorga a la inocencia y la bondad, el autor crea un personaje que sobrevive gracias a su fe en la bondad humana y su capacidad correctiva. No es una obra especialmente ligada a la realidad española, y más bien es una denuncia del poder que esgrimen en el mundo las grandes fuerzas económicas. Pero constituye una pequeña canción, o letanía, que nos recuerda las posibilidades que nos quedan cuando mantenemos, inocente pero firmemente, nuestra fe en nuestra capacidad de obrar bien.

Ya en terreno nacional, y con una fuerte dosis de ironía que es típica en las obras de Jiménez Lozano, nos encontramos ante *Los lobeznos* y la interesante personalidad de Leo Chañez, antiguo político franquista que se convierte en senador liberal, si significa algo esa palabra, al principio de la era democrática, es decir, representante típico de la transición, tipo Joaquín Satrústegui o Fernando Elola Elaso, éste último muy interesante para nuestra novela porque, como el protagonista de *Los lobeznos*, fue Secretario General de Deportes durante la dictadura franquista. Lo curioso de esta novela es que, al principio, el tema y el discurso no parecen adecuarse. La ficción de Jiménez Lozano está marcada por un estilo cuentístico que representa la realidad rural de su Castilla la Vieja (hoy Castilla y León), como vemos en *Duelo en la Casa Grande*, *El santo de mayo*, o *Los grandes relatos*. Al principio, este estilo parece fuera de lugar cuando el autor se refiere a la política contemporánea, la de la transición, y con un escenario que se plantea mayormente en el entorno de Madrid. Pero, lentamente, el lector se da cuenta de una bien pensada estrategia del autor, la de llevar la supuesta sofisticación de la política moderna y urbana al terreno de la política más sencilla y transparente del campo español,

con sus juegos de poder y su caciquismo. El triste e irónico mensaje, en efecto, es que no hay que hacer distinción entre la nueva política de la democracia y la política de siempre que prevaleció en el país hasta 1975 y que Jiménez Lozano supo hallar tan visible en los pueblos de su entorno rural. Encontramos, pues, en *Los lobeznos* una muy curiosa combinación de estilo, personajes y tema. Existe el cinismo

sempiterno del autor combinado con un tono macabro que ha venido en aumento en sus últimas obras, que casi no existía en las primeras. No desaparecen las descripciones de lo natural, que parecen transmitidas desde obras anteriores a *Los Nogales*, la finca que Leo Chañez ha construido fuera de Madrid, pero esa naturaleza se encuentra contaminada por la cercanía de la capital y toda la corrupción que la ciudad contemporánea y el bajo mundo de los políticos representan. No falta en *Los lobeznos* el recuerdo de un mundo más inocente, sobre todo en el personaje de Leopoldo, Poldillo, llegado desde el campo como Leo Chañez, ayudante fiel del político, en contraste con los lobeznos, jóvenes seguidores de Leo que no dudan ante la oportunidad de traicionar a quien sea. Pero cualquier recuerdo de un mundo mejor, de unos posibles valores éticos, sucumbe ante la negra imagen que Jiménez Lozano pinta de la política contemporánea y, según parece, del papel de los que, habiendo prosperado durante la dictadura, siguen en la política al tiempo que intentan manifestar su dedicación al nuevo sistema político.

Jiménez Lozano, escritor, corresponsal, periodista, ha seguido muy de cerca la evolución del país desde la Guerra Civil, y también ha vivido personalmente esa historia muy de cerca. *Los lobeznos* puede considerarse su testimonio personal sobre el rumbo de la política, su propio desencanto con respecto al cambio, que él no encuentra tan pronunciado como lo encuentran otros. Pocas figuras públicas se escapan del juicio crítico severo de Jiménez Lozano. Su cinismo frente al cambio político y de los políticos que han efectuado ese cambio es obvio en sus obras y en cualquier conversación con él, y desde luego forma la base del estilo y del tema de esta novela.

El valor de esta obra, la mayoría de sus obras en efecto, aumenta aún más en los últimos años por su relación con la creciente tendencia crítica de plantear cuestiones de memoria y desmemoria al escribir sobre el franquismo, la transición, y la nueva era democrática. Independientemente de los estudios propiamente hispánicos, ha habido últimamente estudios muy interesantes sobre este tema, de Certeau, Ginzburg, Nora y Halbwachs, entre otros. Esto ha tenido su repercusión en el hispanismo, donde críticos prestigiosos como David Herzberger, Joan Ramón Resina y otros, muchos de los cuales figuran en el libro que editó Resina, *Disremembering the Dictatorship*, aplican estas teorías a la situación histórica española creada por el cambio desde la dictadura hasta la democracia, pasando por la no siempre bien definida transición. La tesis planteada muchas veces sugiere

que el resultado del cambio ha sido una desmemoria colectiva, a veces conscientemente, a veces no, según algunos resultados de la sí consciente decisión política de evitar una ruptura al morir Franco y vivir todos bajo un pacto que borrara la memoria de las grandes diferencias ideológicas existentes antes de 1975. El problema con este enfoque es que mientras es muy cómodo y útil para el crítico, puede que no sea tan verosímil en cuanto a la realidad vivida por el ciudadano español normal y corriente, y aquí es donde tienen cabida *Los lobeznos* y muchas otras obras de Jiménez Lozano, quien se niega a permitir que se nos olvide quién ha sido quién en los años que van desde 1939 hasta 2003, y refleja precisamente la memoria verídica de muchos españoles, del lado político que sea, que demuestran una clara comprensión del presente basado en una igualmente clara comprensión del pasado. Las obras de José Jiménez Lozano constituyen la conciencia del pueblo, nunca mejor usada la palabra, y es probable que la clara presencia de esa conciencia en su obra sea una de las razones principales tras la decisión de otorgarle el premio Cervantes.

NOTAS

¹ Al empezar a escribir este artículo, mi proyecto fue comentar la última novela de José Jiménez Lozano, pero después de su redacción, el autor publicó otra novela, *El viaje de Jonás*. Barcelona: Ediciones del Bronce, 2002.

OBRAS CITADAS

Goytisolo, Juan. "Las novelas de España". *El País* (27 julio 2002).

Jiménez Lozano, José. "La reconstrucción del recuerdo". *La balsa de la Medusa* 14. (1990): 3-15.

Resina, Joan Ramón. *Disremembering the Dictatorship*. Amsterdam: Rodopi, 2000.